

El aporte de la traducción al proceso de desarrollo de la cultura chilena en el siglo XIX

Ileana Cabrera Ponce
Pontificia Univ. Católica de Chile

El objetivo de esta comunicación es presentar la existencia de una actividad real de traducción en nuestro país en el siglo pasado y la incidencia que ésta tuvo en el proceso de desarrollo de la cultura chilena.

Desde los tiempos más remotos, la actividad traductora ha existido como un medio natural para compartir el conocimiento y transmitir la información necesaria para la supervivencia y el desarrollo cultural y material de los hombres. En este sentido, el desarrollo cultural de nuestro país se relaciona preferentemente con el papel prioritario que la información juega, en general, con la transmisión de hechos culturales extranjeros en los países latinoamericanos y con la difusión del conocimiento en estos países, en los cuales el complejo fenómeno de la comunicación llega a constituir un verdadero factor de desarrollo.

Es indudable que el papel que la traducción ha tenido en el siglo XX difiere en forma fundamental de aquel que tuvo en el siglo pasado. Particularmente en la era actual, la información se ha convertido en un elemento esencial dentro del proceso de transmisión del conocimiento de carácter científico porque ha sido el vehículo de acceso a las publicaciones que contienen los continuos avances y logros de la producción científica y tecnológica. En el siglo pasado, en cambio, la traducción fue el medio natural de difusión de valores culturales que contribuyeron a alimentar las culturas nacionales en formación. Por este hecho, hemos querido aproximarnos a los hechos históricos que

demuestran la importancia de la actividad de traducción en el proceso de desarrollo de nuestra cultura.

El panorama histórico de la actividad traductora en nuestro país se inicia a comienzos del siglo pasado, ya que tanto el libro como la actividad impresora comienzan concretamente en Chile después de 1800. En un país como el nuestro, las primeras manifestaciones de la actividad traductora están estrechamente ligadas a los dos hechos siguientes: a la historia del libro en Chile, en donde éste ha sido el instrumento más efectivo de la cultura, y a la instalación de la imprenta, puesto que las traducciones impresas y no las manuscritas pueden constituir evidencia de esta actividad.

1813 es un buen año para empezar a hablar de la actividad traductora en nuestro país porque "a partir de 1813, la historia del libro en Chile se vincula estrechamente al más importante organismo cultural de la República, la Biblioteca Nacional" (Martínez Baeza 1982: 13) que se caracterizó, desde sus comienzos, por su extraordinario y variado fondo bibliográfico de obras nacionales y de obras extranjeras. Además, porque en 1812, el gobierno de Carrera, conocido por su profundo y audaz sentido renovador, adquirió la imprenta que había hecho llegar al país don Mateo Arnaldo Hoevel, cuya responsabilidad se encomendó a Camilo Henríquez, autor del primer periódico chileno *La Aurora de Chile* en el que difundió las ideas del *Contrato Social* de Rousseau, insistiendo en los principios de la soberanía popular, es decir, la facultad de los pueblos de darse la forma de gobierno que estimasen más conveniente y de elegir a sus autoridades, principios que contribuyeron a alimentar el nacimiento de Chile como nación independiente en septiembre de 1818.

La Biblioteca Nacional era la llamada a proporcionarnos la mejor información por su gran fondo bibliográfico de obras nacionales y extranjeras. En efecto, allí encontramos dos elementos bibliográficos muy valiosos. El primero, un verdadero hallazgo, fue el libro denominado *Biblioteca Chilena de Traductores (1820-1924)*. Ordenada por José Toribio Medina, connotado bibliógrafo chileno. El segundo, la colección de la revista oficial de la Universidad de Chile, denominada *Anales de la Universidad de Chile*.

En la *Biblioteca Chilena de Traductores*, obra de 405 páginas, Medina presenta una lista de 1600 títulos que corresponden supuestamente a todo lo traducido en Chile desde 1820 a 1924. En lo que se refiere específicamente a la cantidad de traducciones de obras extranjeras existentes en Chile, Medina comprobó que alcanzaban a "un

número extraordinario", sobre todo si se considera que la traducción en nuestro país empezó relativamente tarde, cuando se la compara con la actividad de traducción realizada en otros países de la región y se considera que fue abordada en un medio cultural muy restringido.

En cuanto a la proporción entre las traducciones realizadas por chilenos y las hechas por extranjeros en Chile, parece ser que en muchos casos, Medina prefirió atribuir la traducción a plumas extranjeras, pues se trataba de un período histórico en que la literatura nacional estaba en sus albores. Pudimos suponer que las traducciones que Medina encontró no siempre contenían una información completa y clara respecto del traductor y de la casa editorial, de modo que, en los casos de duda, tuvo que tomar la decisión que le pareció más pertinente. Comprobamos sin embargo que a veces no pudo decidir, ya que en algunos de los 1600 títulos de la obra aparece la siguiente pregunta en nota a pie de página: *¿Traducción chilena?*. También se le presentó el problema de resolver si las traducciones que encontró habían sido ejecutadas en Chile, o si, en realidad eran simple reimpresiones de las hechas en otros países, como por ejemplo en España, lo cual, según él, fue una de las mayores complejidades que debió enfrentar en su estudio. Con todo, cuando Medina se pregunta qué lugar ocuparía nuestro volumen de traducciones en relación con el de otras naciones latinoamericanas piensa que Chile saldría muy airoso en esa comparación. Estima que la producción más numerosa en materia de traducciones corresponde, en el siglo pasado, a los años de la década del ochenta, sobre todo alrededor de 1883. En su libro, en ese mismo año, se detecta la cifra más alta de libros traducidos, 47 títulos, como se verá más adelante.

Con respecto a los idiomas desde los cuales se traducía al castellano dice que las versiones de los diversos idiomas al castellano se descomponen así: "del griego se pueden contar con los dedos de la mano; del latín, muchos más; del inglés no pocos; otros tantos del italiano, y del francés la inmensa mayoría" (*op.cit.*: 7). A él no le extraña en lo más mínimo que "las versiones del francés sean infinitamente más en número que las de otro cualquier idioma", por la difusión que este ha tenido en Chile como por la cercanía lingüística entre el español y el francés. Medina estima que las traducciones de obras francesas alcanzan a cubrir un 75% de todo lo que se ha traducido en Chile.

En lo que se refiere a las traducciones que se realizaron en Chile de obras en español a otros idiomas, Medina no se ocupa de ellas

porque considera que deberían ser objeto de un interesante estudio, aunque son relativamente poco numerosas.

Al examinar los tipos de libros traducidos que constituyen la obra de Medina, se comprueba que son de la más variada índole: por un lado, existen numerosos textos religiosos, tales como oraciones, coronas de oraciones, oraciones fúnebres, sermones, cursos de instrucciones religiosas, historias de santos, etc. También se aprecia un número notable de textos militares, entre los cuales se distingue todo tipo de textos para uso de los alumnos de la Academia Militar. Por citar algunos ejemplos, se observa un curso elemental de fortificación de campaña, una guía del instructor para la enseñanza del soldado en treinta días, un curso de instrucción especial de artillería y muchos otros. En el plano de las traducciones literarias, los textos varían desde la traducción de óperas, obras de teatro, poemas, hasta la traducción de novelas, que en muchos casos tiene varios tomos. Finalmente, aparecen numerosas versiones de obras pedagógicas, cuya traducción y publicación fueron realizadas por encargo del Supremo Gobierno, a las cuales me referiré más adelante.

La presentación del contenido de la obra de Medina está hecha en forma cronológica desde 1820, pero solo a partir de 1843 aparecen traducciones todos los años. Anteriormente a esa fecha, hay años en que no figura ninguna traducción. El número de textos empieza a subir gradualmente a medida que avanzan los años. Por ejemplo, desde 1820 a 1841 figura solo un libro traducido por año; en 1843 aparecen dos y, a partir de 1843, la proporción crece considerablemente. El promedio entre 1843 y 1924 es de 19 libros traducidos por año. Las cifras más elevadas se dan en 1883 con 47 libros; en 1906 se traducen 44 libros; en 1895, 43 títulos; en 1896 figuran 40 títulos; en 1894, 37; en 1886 y 1887 aparecen 32, y en 1882, 1893 y 1919 se traducen 30 libros.

Con respecto al número de páginas traducidas por año también se trata de cantidades muy variables, ya que aparecen fascículos de 39 páginas al lado de un libro de 493 páginas o de una obra de 3 o 4 volúmenes. Calculé solamente el número de páginas traducidas entre 1820 y 1841, cifra que alcanza un promedio de 208 páginas por año, pero a partir de 1843 este promedio aumenta también en forma muy considerable.

Medina indica en varios casos que la obra había sido traducida al español por orden del Supremo Gobierno, lo que me llevó a investigar detalladamente este hecho: verificarlo significaba que el usuario de la

traducción había sido el propio Gobierno chileno y constituía un índice de que la actividad de traducción fue una necesidad importante en nuestro país en la década del cuarenta, específicamente en 1842, en un momento intelectual que fue clave para el desarrollo cultural del país: existe la llamada Generación de 1842 y en ese mismo año se creó la Universidad de Chile. Este hecho histórico junto a otros tales como la intervención decidida de algunos presidentes de la República en el desarrollo del proceso educativo en el país, la visión futurista de aquellos hombres de letras que hicieron traducciones impulsados por su afán de desarrollar el nivel cultural en Chile, el auge experimentado por las industrias gráficas y editoriales y la influencia de algunos grupos étnicos llegados a Chile, permitieron, por un lado, que la traducción recibiera un fuerte impulso y, por otro, que ella contribuyera a fortalecer el desarrollo cultural en nuestro país.

Con respecto a las traducciones encomendadas por el Supremo Gobierno, estas se relacionan con la creación de la Universidad de Chile. Con el fin de verificar el papel de la traducción en los textos escolares chilenos, leímos los números de los *Anales de la Universidad de Chile* correspondientes a los años 1843, 1844, 1846, 1853, 1854, 1855 y 1856. Los Anales son la revista oficial de esta universidad y comenzaron a aparecer en 1843. El primer tomo de la revista contiene el proyecto de ley orgánica, aprobado el 19 de noviembre de 1842, que en su Art. 8º estipula lo siguiente (el texto en cursiva es nuestro):

Serán miembros de la Facultad de Filosofía y Humanidades treinta individuos, designados por primera vez por el Supremo Gobierno, y las vacantes sucesivas se llenarán por elección de la Facultad. Será de cargo de esta Facultad la dirección de las escuelas primarias, *proponiendo al Gobierno las reglas que juzgare más convenientes para su organización, y encargándose de la redacción, traducción o revisión de los libros que ayan (sic) de servir en ellas*: llevando un registro estadístico, que presente cada año un cuadro completo del estado de la enseñanza primaria en Chile; y *aciendo (sic)*, por medio de sus miembros o de corresponsables inteligentes, la visita e

inspección de las escuelas de la capital y las provincias (*op.cit.*: 4-5).

La redacción del Art. 8º de la referida ley demuestra que en Chile la actividad de traducción se realizó por expreso encargo del Gobierno chileno a partir de 1843, ante la necesidad de implantar textos extranjeros que tuvieran una mejor calidad pedagógica que los nacionales. Esto lo interpretamos como un significativo aporte de la actividad de la traducción al desarrollo de la educación y por ende al crecimiento y fortalecimiento de nuestra cultura.

El papel que le correspondió a la Universidad de Chile en el desarrollo de la educación se debe a que esta institución tenía la responsabilidad exclusiva en la tarea de dirigir, regularizar y fomentar la instrucción en todo el territorio nacional. Antes del establecimiento de esta Universidad no había habido jamás una corporación encargada de suplir, entre otros, la carencia de métodos y libros adecuados para la enseñanza.

Además, la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile proveía a las escuelas fiscales y municipales de los libros que podían necesitarse y que habían sido publicados por orden del Supremo Gobierno. Se preocupaba también de designar textos para algunos de los ramos de estudio de la enseñanza secundaria y superior. Muchos de estos tipos de textos provinieron de textos extranjeros traducidos y a veces adaptados a las necesidades propias del país.

En lo que se refiere a los presidentes de la República que descollaron por su preocupación por la educación, es necesario nombrar a don Manuel Montt, quien fue un notable maestro, además de un magistrado y un político de renombre. Montt (1851-1861) consagró sus mejores esfuerzos al mejoramiento de la enseñanza en general y a resolver el problema angustioso de una población infantil sin acceso a la enseñanza elemental, realizando una de las labores más fecundas en este aspecto que se haya hecho en Chile. En su gobierno, se dictó la primera Ley de Instrucción Primaria que estableció la gratuidad de la enseñanza básica. Le acordó un interés preferencial tanto a la publicación de los textos que se necesitaban en la educación, como a la creación de bibliotecas, sobre todo las bibliotecas populares en provincia.

El catálogo de las obras traducidas y de las españolas reimprimadas en Chile para tales bibliotecas populares es la mejor prueba del tacto y del

acierto con que se las dotó. Comprende desde fragmentos de la historia universal y biografías de hombres célebres, escogidas por la sencillez y el atractivo de la forma, hasta nociones de todas las ramas del saber humano accesibles al intelecto medio del chileno hacia mediados del siglo XIX. La relación de este catálogo con la cultura ambiente en 1885-1900 demuestra que la de los adultos proviene en gran parte de las lecturas realizadas en las bibliotecas populares que fundara Montt treinta años atrás (Castedo 1954: 1201).

Con respecto a los hombres de letras que en Chile se dedicaron a traducir en el período elegido para nuestro estudio, es necesario nombrar a don Andrés Bello, redactor del proyecto de creación de la Universidad de Chile, que trabajó codo a codo con el Presidente Montt y que fue la figura central de la llamada generación de 1842, fenómeno que mejor refleja el despertar intelectual de Chile en el siglo pasado.

Bello era una de las pocas personas de la época que sabía hablar y leer correctamente el inglés, tanto así que el gobernador de Venezuela lo mandó llamar para que tradujera una edición del diario londinense *Times*. Además, aprendió griego y se dedicó a traducirlo. Al llegar a nuestro país en 1829, junto con otros intelectuales extranjeros, contribuyó notablemente a incrementar la actividad cultural durante los 35 años de su residencia en Chile, tarea que "desarrolló con sencillez y bondad de alma inigualables" (Castedo *op.cit.*: 1201) y guiado por una profunda y gran admiración por la cultura francesa. Entre sus múltiples inquietudes intelectuales, se sabe que era un fervoroso partidario del estudio del idioma español y del estudio del latín y de los clásicos por los jóvenes que siguieran la carrera literaria, encarnando, de esta manera, la más rancia tradición literaria europea. Con esto estuvo siempre en franca disputa con otros intelectuales que se oponían tenazmente a esta orientación clásica y lingüística. Pero don Andrés Bello no sólo se preocupó por el idioma español, además de su prodigiosa labor como consejero de los gobiernos, juriconsulto, maestro y humanista, realizó desde la prensa y los salones una infatigable y cotidiana propaganda cultural, que casi abarcó la rosa entera del conocimiento humano" (Castedo *op.cit.*: 1200-1201).

Con respecto a la actividad traductora que realizó Bello, aparecen, desde 1830, numerosas traducciones suyas del inglés y del francés en

el periódico semanal "El Araucano", sobre temas del más variado repertorio: asuntos literarios, filosóficos, históricos, de ciencias naturales, y de ciencias exactas. Es un hecho conocido que la traducción que don Andrés Bello realizó de un poema de Victor Hugo, "la oración por todos", iguala o más bien supera al original.

En lo que se refiere al desarrollo de la imprenta en el siglo pasado, Castedo dice que las industrias gráficas y editoriales recibieron un fuerte impulso, primero, de don Manuel Rivadeneira y luego, de don Santos Tornero. Por sus revolucionarios conocimientos en la tipografía de la época, Rivadeneira había elevado al primer plano la imprenta en España. Luego de adquirir conocimientos prácticos tanto en Francia, como en Suiza, Bélgica, Holanda, Inglaterra y Alemania, vino a América a promover la venta de su excelente obra *Biblioteca de Autores Españoles*. En Chile, permaneció dos años que le bastaron para llegar a ser el propietario del diario El Mercurio y hacer de él un "establecimiento moderno, perfectamente montado, capaz de editar, además del diario, todos los trabajos tipográficos que se le encargaran" (Castedo *op.cit.*: 1037). Luego, en 1842, vendió la imprenta de *El Mercurio* a don Santos Tornero quien en poco tiempo llevó este diario a una tal prosperidad que promovió el auge de los negocios editoriales y de librería. Castedo hace alusión a esta actividad editorial, enumerando los tipos de obras que se imprimieron en Chile hacia 1842 y aquellos libros extranjeros que eran del gusto de los lectores chilenos:

en 1831, se habían registrado 50 impresos. Diez años después, subía su número a 83 y en 1881, a 157. Nada refleja mejor ese espíritu de la época que las aficiones literarias del público. Dumas reinaba sin contrapeso. Entre 1848 y 1851, se imprimieron doce novelas del famoso autor de *Los Tres Mosqueteros*. También era muy solicitado Sué. Menos favor gozaban Jorge Sand, Trollope, Sandeau, Féval, Janin, Saint Georges, Musset, etc. (*op.cit.*: 1037).

Castedo no informa si se imprimía el original de las novelas extranjeras o su traducción. Pienso que se refiere a ambos hechos de modo que relacionamos el desarrollo de la actividad editorial con el de la actividad traductora.

Finalmente, en cuanto a la influencia extranjera recibida en nuestro país no sólo a través de diferentes grupos étnicos sino sobre todo por

medio de literatura extranjera. Sólo nos referiremos y en forma sucinta por problemas de espacio a la influencia proveniente de Francia.

Los franceses, cuya llegada a Chile se remonta al período colonial, han mostrado, según Blancpain, una buena disposición, en general, para incorporarse a la vida nacional chilena y su inserción ha sido armónica (*Francia y los franceses en Chile*: 17). Se puede hablar del aporte francés a través de la venida de los más diversos profesionales y hombres de diferentes oficios y de su repercusión en los más variados aspectos –religión, ciencias, artes, política, viticultura, curtiembre, litografía, imprenta y comercio– pero son de nuestro interés aquellos que dicen relación con la introducción y adaptación de los esquemas franceses que se dieron preferentemente en el siglo XIX, a través de los libros de literatura y los manuales escolares y de las modas intelectuales e ideas filosóficas imperantes en Europa en el siglo pasado.

Todos estos aportes se vieron reforzados, además, por los nuevos conocimientos provenientes de los académicos y políticos chilenos de renombre, del siglo pasado, que viajaban a Francia y volvían imbuidos del espíritu francés. También, aunque con otro enfoque, por las estadas parisinas de los aristócratas y nuevos ricos chilenos que al volver de París a Chile, sobre todo a fines del siglo XIX, se esforzaban por vivir a la francesa.

En el campo de la educación, ya se aludió al hecho de que muchos textos escolares que se utilizaron en Chile tanto en las escuelas primarias como en los liceos y en la universidad provenían de traducciones y adaptaciones de manuales franceses. Medina afirma que las traducciones del francés constituían la inmensa mayoría y atribuye este hecho al parecido entre el francés y el español. Esta explicación puede ser pertinente, pero podemos suponer por otra parte que la traducción cumplió en ese tiempo un papel histórico y sociológico, ya que, de acuerdo con la realidad de la época, las autoridades no querían aplicar los textos franceses traducidos textualmente, sino acomodarlos a sus fines, puesto que en muchas ocasiones se les pedía a los que tradujeran que adaptaran los textos a las necesidades pedagógicas del pueblo chileno. Parfraseando a Antoine Berman en su prefacio de la obra de Annie Brisset *Sociocritique de la traduction* podríamos decir que en las versiones que se hicieron de textos escolares franceses, la traducción fue un instrumento que sirvió para españolizar los textos franceses y crear una mentalidad chilena

inspirada en parte en modelos franceses que en verdad subyugaron a los chilenos.

Sería interesante poder hacer estudios comparativos entre los originales franceses de estos textos y las versiones en español para establecer los cambios introducidos al original y analizar las transformaciones de fondo, desde una perspectiva histórica y sociológica. Así, podríamos decir que la dimensión que pudo haber alcanzado la actividad traductora en el siglo pasado iría mucho más allá que la mera función de comunicación, inspirándonos en lo expresado en el párrafo siguiente de la obra de Annie Brisset ya citada:

La traduction, comme l'écriture, dont elle est une des manifestations, est solidaire d'un état de société et des normes institutionnelles qui en émanent. Cela explique pourquoi elle se porte sélectivement vers des œuvres étrangères qui, déjà, contiennent un dispositif discursif en harmonie avec les codes régissant le pensable, le dicible et le scriptible à l'intérieur de la société où elle s'effectue. Voilà pourquoi la théorie de la traduction relève beaucoup plus d'une analyse contrastive des discours sociaux, que d'une linguistique différentielle ou d'une stylistique comparée (*op.cit.*: 252).

Por todo lo anterior, pensamos que la influencia francesa en Chile se caracteriza por una complejidad cuyo análisis debe hacerse desde muchas perspectivas y apoyado en diferentes tipos de interpretaciones. Por un lado, sobre todo en el siglo XVIII y parte del XIX, Chile atraía la curiosidad de algunos europeos cultos y entre ellos no pocos franceses e ingleses viajaron a estas tierras lejanas. Por otro, hubo franceses que intervinieron personalmente en las guerras de la Independencia y otros, como Voltaire, Rousseau, Marmontel, el abate de Pradt, Diderot y el abate Raynal, que a través de sus libros ingresados a Chile clandestinamente contribuyeron a introducir ideas de libertad, democracia, igualdad y soberanía popular. Además, las autoridades ocupadas de implantar todo un sistema educacional querían utilizar sobre todo algunos rasgos de la educación francesa. También, muchos profesores, historiadores y científicos franceses vinieron a enseñar a nuestro país, sobre todo en el Instituto Nacional, institución educacional que serviría de modelo a la enseñanza secundaria y de punto

de partida a la universidad chilena. Algunos de ellos se convirtieron en autores de gramáticas francesas para su utilización en los cursos de lengua francesa que existían en los programas de todos los establecimientos escolares.

Voltaire, Renan, Michelet, Comte y Littré estuvieron presentes en el espíritu laico y positivista del Presidente de Chile Aníbal Pinto, de Isidoro Errázuriz, Vicente Reyes, Valentín Letelier, de los Matta, de los Amunátegui, del Rector de la Universidad de Chile, Barros Arana, y de tantos otros anticlericales chilenos, espíritu que caracteriza uno de los momentos más importantes de la influencia cultural francesa en Chile. La influencia de Barros Arana fue decisiva en las generaciones intelectuales siguientes, inspiradas totalmente en un volterianismo doctrinal que marcó por largo tiempo la pedagogía y la reflexión intelectual y cultural chilenas. No se puede negar que en pleno siglo XIX estos hombres públicos e intelectuales se nutrían con cierto atraso de las ideas de Rousseau y de otros pensadores franceses del siglo XVIII, pero también es evidente que tuvieron la necesidad de leerlos directamente en francés o de traducirlos. De hecho, Valentín Letelier tradujo los *Opúsculos de filosofía positiva* de Littré y Jorge Lagarrigue todas las obras de Comte.

En lo que respecta a la lengua y a la literatura francesas, por su reputación de universalidad, la influencia sobre la literatura chilena es tan grande que se habla de un afrancesamiento máximo. En su estudio político, *Fin de siglo. La época de Balmaceda*, Bernardo Subercaseaux se refiere a la influencia francesa que según su denominación llegan a ser verdaderas apropiaciones de lo francés por parte de los chilenos:

entre las que pueden señalarse el positivismo y las corrientes espiritualistas y antirracionalistas en el plano de las ideas; el naturalismo, las corrientes parnasianas y el modernismo en literatura; y en el ámbito de la sociabilidad cotidiana: todo un bagage de actitudes vitales, de modas, de sensibilidades y preferencias vinculadas al afrancesamiento y a la 'belle époque' criolla (Subercaseaux 1988: 12).

Estos diversos tipos de influencia de la cultura francesa en nuestro país le dieron al Chile tradicional, urbano y aristocrático del siglo XIX y parte del XX una coloración francesa reflejada en una especie de eclecticismo que se manifestaría en el refinamiento del ambiente y en

una cierta calidad de vida, si bien este mejor nivel de vida estaba, por lo menos en el siglo XIX, solamente reservado a las clases más favorecidas y que la influencia de Francia sigue dándose en muchos aspectos en el siglo XX pero no guarda relación directa con la traducción.

A modo de conclusión, diré que si se compara la actividad de traducción que existe actualmente en Chile con aquella que se dio en el siglo XIX se observa una clara diferencia. Es evidente que en este momento los textos más solicitados por el mercado son de carácter utilitario. Los traductores y las empresas de traducción reciben mayoritariamente documentos legales y políticos, manuales y especificaciones técnicas, artículos periodísticos, tratados económicos, informes, cartas télex, fax, etc. Es fácil suponer que este hecho se debe a que la transmisión de información pragmática o funcional tiene en la actualidad una importancia mayor que la contenida en textos literarios o culturales, a diferencia de lo que ocurrió en nuestro país en el transcurso del siglo pasado. Pero, a la vez, también es difícil no reconocer la importancia que adquirió la traducción de textos literarios y culturales en el período de formación general en que se encontraba el país, enriqueciendo el proceso de maduración y de capacidad expresiva del español con los bienes culturales de los grupos étnicos llegados a nuestro país y con todo el aporte de aquellas obras extranjeras que impactaron a los chilenos en el siglo pasado.

Bibliografía

Anales de la Universidad de Chile, correspondientes al año de 1843 y al de 1844. Santiago de Chile: Imprenta del Siglo, 1846.

Anales de la Universidad de Chile, correspondientes al año de 1846. Santiago de Chile: Imprenta de los Tribunales, 1850.

Anales de la Universidad de Chile, correspondientes al año de 1853. Santiago de Chile: Imprenta Chilena, 1853.

Anales de la Universidad de Chile, correspondientes al año de 1854. Santiago de Chile: Imprenta Chilena, 1854.

- Anales de la Universidad de Chile*, correspondientes al año 1855. Santiago de Chile: Imprenta Chilena, 1855.
- Anales de la Universidad de Chile*, correspondientes al año 1856. Santiago de Chile: Imprenta Chilena, 1856.
- Blancpain, Jean-Pierre (1987), *Los franceses en Chile (1816–1945)*. Santiago: Colección Histo-Hachette, Ediciones Pedagógicas Chilenas. Traducido por L. E. Jara.
- Brisset, Annie (1990), *Sociocritique de la traduction*. Québec: Collection L'Univers des discours, Le Préambule.
- Castedo, Luis (1954), *Resumen de la Historia de Chile de Francisco Encina*. Tomo II. Santiago: Editorial Zig Zag, pp. 734–1499.
- Martínez Baeza, Sergio (1982), *El libro en Chile*. Santiago: Editorial Lord Cochrane.
- Medina, José Toribio (s.f.), *Biblioteca Chilena de Traductores (1820–1924)*. Santiago: Anales de la Universidad de Chile, Establecimientos Gráficos de Balcells.
- Subercaseaux, Bernardo (1988), *Fin de siglo. La Epoca de Balmaceda*. Santiago: Editorial Aconcagua.